

Amigo de pecadores

Es uno de los rasgos más bonitos de Jesús en relación con nosotros, “amigo de publicanos y pecadores”. Aparece llamado así en varias ocasiones. “Este acoge a pecadores y come con ellos” (Lc 15,2). Jesús tenía especial predilección por los pecadores. Comienza su ministerio público en el Jordán, en un escenario de pecadores, que se acercan penitentes a recibir el bautismo de Juan. Jesús se junta con los pecadores, porque ha venido a buscarlos. Se encuentra con la samaritana, con la mujer adúltera, con el rico Zaqueo, con Mateo el publicano, con María Magdalena, etc. Todos quedan encantados de Él. Ante los pecadores, no se echa atrás, sino que se acerca porque se siente atraído por ellos. Ha venido al mundo por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Se acercó a Mateo que estaba sentado al mostrador de los impuestos y le dijo: “Sígueme”.

El pecador es el hombre alejado de Dios y por eso perdido en su destino esencial. Jesús ha venido a buscar al hombre que vive esa situación, para librarle, para redimirle, para devolverle la dignidad perdida, para perdonarle. “El no cometió pecado, ni encontraron engaño en su boca” (1Pe 2,22), y, por eso, ha podido salir al encuentro de todo hombre que está alejado de Dios. Como el buen pastor, ha dejado el rebaño a buen recaudo para buscar la oveja perdida, y cuando la encuentra la carga sobe sus hombros, lleno de alegría.

Esa atracción que Jesús siente por los pecadores se llama misericordia. La misericordia es un amor a la medida de Dios. Es, por tanto, un amor más grande, un amor que no tiene su origen en el hombre, sino en Dios, y del que Dios hace partícipes a los hombres. La misericordia es un amor creativo que produce el bien allí donde no se encuentra. Es la manera que Dios tiene de amar. “Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por nuestros pecados nos ha vivificado en Cristo” (Ef 2,4). Dios Padre sale a nuestro encuentro en el corazón humano de su Hijo hecho hombre.

Esta misericordia de Dios choca con las estrecheces humanas. Para la mente humana, y más todavía para la mente retorcida por el pecado, el amor de Dios es una locura. Sólo el que se deja amar por Dios experimenta la dilatación de su corazón y entiende que no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Sólo quien acoge el perdón de Dios, puede reconocer que Jesús no ha venido a buscar a los justos, sino a los pecadores. Y pecadores somos todos los hombres.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*
08.06.2008